

**EL INDUSTRIAL Y LA FILÓSOFA.
ADRIANO OLIVETTI Y SIMONE WEIL**

Domenico Canciani

Università degli Studi di Padova

[Traducción de Emilia Bea]

Simone Weil, la joven profesora de filosofía, solo tenía 34 años cuando muere de tuberculosis en Londres el 24 de agosto de 1943, tras haber dimitido de la Francia combatiente. A los 26 años había entrado en la fábrica, en la Alsthom y en la Renault, para experimentar en su propia piel la *condición obrera*, el trabajo a destajo de la cadena de montaje, y tras haber militado con pasión y desencanto en algunos grupos de la izquierda disidente. Los días pasados en la fábrica, narrados en el *Diario de fábrica*, junto con otros escritos sobre el trabajo obrero, se publicarán en Francia en 1951 con el título *La condition ouvrière*. Al año siguiente, sin demora, un industrial italiano, Adriano Olivetti, publica la versión italiana de esta obra. Inicia así una aventura que acompañará las diferentes fases de la cultura italiana desde la posguerra a la actualidad. En una sucesión ininterrumpida, privilegiando cada vez uno u otro aspecto de su multiforme reflexión, Simone Weil será un punto de referencia para los jóvenes militantes de la ACLI, de la neonata Democracia Cristiana, de los grupos obreristas de izquierdas unidos en torno a los *Quaderni rossi*, de muchos intelectuales y escritores, de los grupos de base del catolicismo conciliar y posconciliar y de numerosos grupos feministas, hasta el día de hoy en que, con la publicación casi íntegra de sus escritos, un número creciente de personas encuentra en su pensamiento estímulo e impulso para una maduración humana y espiritual.

Esta larga historia sobre la suerte del pensamiento de Simone Weil tuvo su inicio en la genialidad de Adriano Olivetti, que sintió que debía poner a disposición de un público más amplio un pensamiento que desde el principio le había impulsado, estimulado y, en parte, también inspirado en su singular aventura de hombre y de industrial.

Adriano Olivetti, un industrial subversivo

«Olivetti Adriano di Camillo. Clasificación: subversivo». Así consta en un dossier elaborado por la *Informazioni Generali* (P.S.) en junio de 1931. Para un empresario destinado a convertirse en uno de los más audaces innovadores de la industria italiana de posguerra, esta definición es cuando menos sorprendente. No obstante, la obra de Adriano Olivetti —nacido en Ivrea el 11 de abril de 1901, de padre judío y madre valdense, y muerto en Aigle (Suiza) el 27 de febrero de 1960— fue verdaderamente, en el panorama cultural y político italiano, la de un *subversivo*¹.

¹ Las biografías más acreditadas son: Bruno Caizzi, *Camillo e Adriano Olivetti*, Utet, Turín, 1962, y Valerio Ochetto, *Adriano Olivetti*, Mondadori, Milán, 1985, reeditada por Marsilio, Venecia, 2009, y recientemente por la nueva Edizioni di Comunità, Roma/Ivrea, 2013. Esta aportación constituye la continuación y ampliación de una investigación que confluye parcialmente en «Lecteurs et lectures de Simone Weil en Italie»: CSW, XXVII-3 (septiembre de 2004), pp. 201-221, y en «Felice Balbo e Adriano Olivetti, “primi lettori” della Weil»: *Testimonianze*, 468/469 (noviembre de 2009/febrero de 2010), pp. 122-141.

No tengo la intención de trazar un retrato completo de este hombre, si bien su personalidad, sobre todo la intelectual y pública, se irá manifestando poco a poco en lo que irá diciendo. Recuerdo solo que su padre, Camilo, hombre de gran rectitud moral, socialista libertario, amigo de Filippo Turati, fundó en octubre de 1908 «la primera fábrica italiana para producir la máquina de escribir». Hijo de patrono, el destino de Adriano Olivetti no podía dejar de estar predeterminado: en realidad, lo que constituye todavía hoy la singularidad de su itinerario es fruto de su compromiso personal. Por entrar rápido *in medias res* (a mitad de la historia), le dejamos la palabra. En los *Appunti per la storia di una fabbrica*, publicados en 1949 y que son de los escasos textos autobiográficos de un hombre muy reservado, leemos:

En las experiencias técnicas de los primeros tiempos, cuando estudiaba los problemas de organización científica y de cronometraje, sabía que el hombre y la máquina eran dos ámbitos mutuamente hostiles que había que conciliar. Conocía la terrible monotonía y el peso de los gestos repetidos hasta el infinito ante un taladro o una trituradora y sabía que era necesario sacar al hombre de esta degradante esclavitud. Pero el camino era terriblemente largo y difícil. Me debía conformar en principio con querer lo mejor y no lo máximo de las energías humanas, con perfeccionar los instrumentos de ayuda, las condiciones de trabajo.

Poco a poco me di cuenta de que todo esto no bastaba. Era necesario tomar conciencia de los fines del trabajo. Y conseguirlo no era tarea de un patrono iluminado, sino de la sociedad².

Y en un borrador del mismo escrito, que permanece inédito, rememorando las propias experiencias de fábrica, precisaba:

En el lejano agosto de 1914, tenía entonces trece años, mi padre me mandó a trabajar a la fábrica. Aprendí bien pronto a conocer y odiar el trabajo en serie: una tortura para el espíritu, encarcelado durante horas que no acababan nunca, en la sombra y en la oscuridad de un viejo taller [...] Hace falta entender lo tenebroso de un lunes en la vida de un obrero, de otro modo no se puede ejercer la profesión de *mánager*, no se puede dirigir si no se sabe qué hacen los otros³.

Al leer estas palabras, es difícil dudar de que el encuentro entre Adriano Olivetti y Simone Weil no estuviera ya escrito en el reino misterioso, pero real, de las afinidades electivas, y, muy probablemente, en 1949 eso ya se había cumplido en silencio⁴.

Olivetti se forma en el ambiente antifascista del Turín de Piero Gobetti y de Antonio Gramsci; realiza estudios de ingeniería, se interesa por el urbanismo y por el diseño, se desplaza a Estados Unidos (1925/1926), donde visita numerosas fábricas, estudiando la organización científica del trabajo introducida por Frederick W. Taylor (1856-1915), de quien posteriormente, convertido en editor, publicará sus escritos.

De América regresa con un rico bagaje de ideas y proyectos, concernientes sobre todo a la sociología, las ciencias humanas y las relaciones públicas; conocimientos que Italia no descubrirá hasta la posguerra. Mientras tanto, sobre los estantes de su biblioteca personal, destinada a enriquecerse continuamente, los libros sobre la organización del trabajo, el urbanismo, la arquitectura, el diseño, cohabitan provechosamente con los de los filósofos, sobre todo los filósofos de la *polis*, como Jacques Maritain, Emmanuel Mounier, Denis de Rougemont, y con los de los pensadores religiosos, Martin Buber, Søren Kierkegaard, el cardenal Newman, Nicolás Berdiaev... Alimentado con estas buenas lecturas, cumple su aprendizaje en los establecimientos de

² *Il Ponte*, 8/9 (agosto/septiembre de 1949), p. 1045, reeditado en *La fabbrica e la comunità*, Movimento Comunità, Ivrea, 1958, pp. 33-43, ahora íntegramente publicado bajo el título «Prime esperienze in una fabbrica», en Adriano Olivetti, *Il mondo che nasce*, Edizioni di Comunità, Roma/Ivrea, 2013, pp. 13-30, cit. p. 13. En este texto de gran intensidad, tras haber perfilado el itinerario realizado por la empresa dirigida por Olivetti, se precisa: «estos son los límites naturales de una tierra que la fe y la imaginación de un grupo de hombres tenaces podría rescatar de la atmósfera cerrada de provincias, encaminándola a preparar un lugar más feliz cuando mañana la fábrica, la naturaleza, la vida, asimiladas en la unidad espiritual, den a un hombre nuevo una nueva dignidad» (p. 23).

³ Citado por Valerio Ochetto, *Adriano Olivetti*.

⁴ En 1949 se publica *L'Enracinement*, un proyecto político en el cual el trabajo tiene asignado un papel decisivo en la construcción de una nueva civilización. Y, en efecto, a una civilización nueva, a una «Humanidad nueva», aspirará Olivetti con su propuesta política de «Movimiento de Comunidad».

Ivrea, en el Piamonte, primero como colaborador del padre, con quien tendrá siempre una relación difícil pero leal, y después sucediéndole como director en 1933.

A partir de este momento, puede organizar la fábrica sobre la base de los aprendizajes teóricos adquiridos, poniendo en el centro la responsabilidad colectiva y la cooperación entre las personas y reservando al dirigente el papel de coordinador de las actividades y de inspirador de los ideales de desarrollo y de vocación de la empresa. La organización de la fábrica lo anima a interesarse por la dimensión política, convencido de que puede tener un valor propulsor para toda la sociedad industrial moderna⁵.

Adriano Olivetti, un político visionario

Durante los años de la guerra, del 1942 al 1944, Olivetti conspira a favor de la caída del fascismo. Encarcelado durante algún tiempo, liberado en 1944, se ve obligado, por su ascendencia judía, a refugiarse en Suiza, en Campfer, cerca de St. Moritz, donde lee, reflexiona y redacta *L'ordine politico della Comunità*⁶, un texto de ingeniería institucional, de un rigor casi obsesivo, base teórica del futuro compromiso político.

Regresa a Italia completamente transformado, convencido de que la centralidad de la fábrica y la humanización del trabajo requieren un cambio radical de la sociedad y la actuación de instituciones completamente renovadas. Inspirándose tanto en el *personalismo comunitario*, que conoce a través de la revista *Esprit*⁷ y que profundiza en numerosos encuentros con el propio Emmanuel Mounier, como en la concepción de la democracia y de la autonomía de la política respecto a la religión que Jacques Maritain había desarrollado en *Humanismo integral*, Olivetti pone en la base de su construcción político-institucional la *Comunidad concreta*, capaz de garantizar al ciudadano, que es ante todo *persona*, la oportunidad de una real participación en la construcción y dirección de la *polis*, sustrayéndola a la omnipotencia de los partidos políticos que le han confiscado este derecho.

La comunidad, que debería ocupar una posición intermedia entre el individuo, concebido según la ideología liberal, y el Estado colectivista, permite a la persona escapar, por un lado, de la atomización del individualismo y, por otro, de la anulación por parte del Estado.

La idea fundamental de la nueva sociedad —explica en el preámbulo— es la de crear un interés común de orden moral y material entre hombres que realizan su vida social y económica en un espacio geográfico adecuado, determinado por la naturaleza y por la historia.

La comunidad tiene por objeto suprimir los evidentes contrastes y conflictos que en la actual organización económica suelen surgir y desarrollarse entre la agricultura, la industria y el artesanado de una determinada zona, pues los hombres son obligados a tener una vida económica y social fraccionada y privada de elementos de solidaridad. Las Comunidades, con la creación de un superior interés concreto, tienden a resolver dichos conflictos y a favorecer que las personas confraternicen⁸.

De la comunidad, que debe ser construida a la medida del hombre, se pasa a los entes regionales; de las regiones al Estado federal, y, finalmente, último peldaño, al Estado supranacional o mundial. Pero es la comunidad —municipio, pequeña ciudad, unidad industrial, cooperativa agrícola, etc.— la que debe constituir la entidad política de base, la unidad económica, el elemento de cohesión, la expresión real del *arraigo* del hombre en el territorio y en la vida. Ella incluye la industria y la hacienda agrícola entre sus partes, lugares definidos donde

⁵ Una descripción bien documentada de la «utopía olivettiana» se puede leer en Marco Maffioletti, «L'Olivetti d'Adriano. Une image industrielle du personnalisme et du communautarisme»: *CONTEXTES*, 12 (2012), <http://contextes.revues.org/5545>.

⁶ La primera versión impresa vio la luz en Engadina, en abril de 1945, bajo el título *Le garanzie di libertà in uno stato socialista*, mientras que la versión definitiva se tituló *L'ordine politico della Comunità. Dello Stato secondo le leggi dello spirito*, Edizioni di Comunità, Roma, 1946. Otros dos textos completan el pensamiento de Olivetti sobre estas cuestiones fundamentales: *Società, Stato, Comunità*, *ibid.*, 1952, y *Città dell'uomo*, *ibid.*, 1960.

⁷ Los fascículos que contienen los artículos fundamentales, sucesivamente recogidos en *Révolution personnaliste et communautaire*, figuran en la Biblioteca de Adriano Olivetti.

⁸ *L'ordine politico della Comunità*, p. 3.

los hombres, socializándose e integrándose, se realizan a sí mismos y los objetivos de la *polis*. Por esta razón, la Comunidad no puede considerar la fábrica como una mera realidad económica, sino como un organismo social, que condiciona la vida de quien contribuye a su eficiencia y a su desarrollo. Consecuentemente, las fábricas, bellas, luminosas, higiénicas, están en condiciones de aportar un poco de alegría al trabajo: las viviendas, la facilidad de los transportes, la contratación de personas con alguna discapacidad, la formación profesional y la relación con la agricultura, crean una variedad de problemas que encuentran solución armoniosa solo a través de una entidad capaz de gobernarlas y asumirlas en el ámbito de las propias competencias⁹.

La descentralización de las industrias, su equilibrada distribución sobre el territorio, representa entonces una defensa del hombre porque lo liga a la tierra, favorece una economía mixta, un equilibrio fecundo entre agricultura e industria. La *comunidad*¹⁰, cuyo motor es la industria, por su capacidad de innovación está en condiciones de ejercer una función estimuladora y vicaria ante los municipios, las regiones, el Estado y el conjunto de la sociedad. Las formas tradicionales de representación se revelan insuficientes para garantizar el funcionamiento de las nuevas estructuras sociales, que deben ser adaptadas a la situación: el papel de los partidos está destinado a reducirse hasta desaparecer, ya que la formación y la selección del personal político se deben realizar dentro de la comunidad, donde las competencias se forjan en la solución de los problemas concretos, y la honestidad está garantizada por un efectivo control democrático¹¹. El orden político de la comunidad no aspira solo a repensar la política, sino que se propone «poner las bases organizativas para hacer de todo individuo, también en la actividad cotidiana, un vigilante y competente protagonista de la política»¹².

Ciertamente, el cambio social podrá llegar solo de forma gradual, ya que implica un cambio profundo de la mentalidad. Por esta razón, Olivetti reserva en su proyecto un espacio fundamental a la cultura y a los actores culturales: los intelectuales —escritores, artistas, sociólogos, urbanistas, arquitectos, psicólogos...— a los que pide su aportación implicándolos en su aventura y dejándoles una libertad y autonomía absolutas¹³.

En la inmediata posguerra, provisto de su *Ordine politico della Comunità*, está decidido a comprometerse en primera persona en la transformación del país; encomienda a su hermano Massimo la dirección de la empresa y se establece en Roma, con la intención de influir en la acción de los grandes partidos de masa y de las pequeñas formaciones de los social-cristianos, exponiendo a la prueba de la realidad su proyecto político¹⁴. Pero los partidos políticos, que se atribuían todo el poder en beneficio propio; la división de Europa en dos bloques contrapuestos, y la guerra fría, dejan pocas posibilidades a una tercera vía —federalista, comunitaria, descentralizada— que «intente *socializar sin estatalizar*»¹⁵. Auténtico reformador, Olivetti aspira sobre todo a introducir en la política la dimensión ética dejando sitio a los valores espirituales: esto comporta, necesariamente, la aceptación del largo plazo¹⁶. Sin hacerse excesivas ilusiones, se muestra, por tanto, disponible a apo-

⁹ Resumo lo que Olivetti desarrolla en la introducción de *L'ordine politico della Comunità*, pp. 3 ss. Del encuentro entre Adriano Olivetti y Simone Weil hablaremos posteriormente, pero no puedo dejar de subrayar la singular coincidencia entre lo que escribe la filósofa, prácticamente durante los mismos meses, en la soledad de su despacho londinense, y lo que el visionario político, por su parte, refleja en algunas anotaciones escritas en su refugio suizo de Campfer.

¹⁰ La *Comunità* ha de ser «ni muy grande ni muy pequeña, concreta, territorialmente definida, dotada de amplios poderes, que dé a todas las actividades aquella indispensable coordinación, aquella eficiencia, aquel respeto a la personalidad humana, a la cultura y al arte, que el destino había realizado en una parte del mismo territorio en una determinada industria» (p. 14).

¹¹ No es de extrañar que el primer escrito de Simone Weil que Olivetti encarga traducir sea la *Nota per la soppressione generale dei partiti*.

¹² Luciano Gallino, «Introduzione» a Giulio Sapelli y Roberto Chiarini, *Fine e Fini della politica. La sfida di Adriano Olivetti*, Edizioni di Comunità, Milán, 1990, p. VIII.

¹³ Sobre los intelectuales comprometidos bajo la influencia de Adriano Olivetti, cf. Giorgio Soavi, *Adriano Olivetti. Una sorpresa italiana*, Rizzoli, Milán, 2001.

¹⁴ Cf. Valerio Ochetto, «Il difficile rapporto con Adriano Olivetti», en Antonio Parisella (ed.), *Gerardo Bruni e i cristiano-sociali*, Edizioni Lavoro, Roma, 1984, pp. 275-288.

¹⁵ Adriano Olivetti, *La fabbrica e la comunità*, p. 13.

¹⁶ En carta de 3 de junio de 1947, despidiéndose de Gerardo Bruni, escribe: «Estoy estudiando la forma y las características de nuestro movimiento que creo debería discurrir por nuevos cauces que exigirán un movimiento *completamente intensivo*, profundamente analítico, en lugar de un movimiento expansivo como el de otros pequeños movimientos o partidos. Por lo demás, estoy convencido de la lentitud con la cual evolucionará la situación y de las limitadas posibilidades que durante mucho tiempo tendrá el nuevo movimiento» («Il difficile rapporto con Adriano Olivetti», p. 284).

yar desde fuera a los partidos y movimientos dispuestos a acoger en sus programas elementos susceptibles de una transformación comunitaria de la sociedad italiana¹⁷. Sin embargo, después, con responsable realismo, decide actuar en Ivrea y en el territorio limítrofe, el Canavese, donde están situadas sus empresas. A escala local, en efecto, el Movimento Comunità, fundado en 1948, dará lo mejor de sí mismo. En este territorio en un primer momento, pero también más adelante en otros lugares donde abrirá sus otras fábricas —en Pozzuoli en Campania, en India, en Argentina—, tratará de traducir a pequeña escala, pero de modo eficaz y ejemplar, lo esencial de su proyecto.

Las fábricas son proyectadas según criterios de salubridad y belleza, respetuosas con la naturaleza, dotadas de máquinas adecuadas a las necesidades y a la dignidad del hombre; en sus proximidades surgen las viviendas para trabajadores y para técnicos, los servicios, las guarderías, los parvularios, las escuelas profesionales, los centros culturales, las bibliotecas y los espacios de ocio. Además, los municipios en los que el Movimento Comunità se impone, cerca de ochenta, son administrados sobre la base de las competencias, con una real participación democrática. En una Italia que se reconstruye en la posguerra de modo caótico, desconsiderado y a veces criminal, el territorio administrado por los *comunitari* disfruta de los primeros planes urbanísticos, proyectados por arquitectos humanistas que dan prioridad a la defensa de la naturaleza y del bienestar de la población¹⁸.

Adriano Olivetti, editor y lector de Simone Weil

Por estas cualidades innovadoras, Adriano Olivetti, según una denominación que se le adecuaba plenamente, puede ser definido como un «empresario de ideas»; es en este ámbito de las ideas, de la cultura, en el que llega a realizar su *vocación*.

A raíz de un conflicto interior en que se enfrenta al tenor evangélico, Olivetti se convence, como confiesa en una carta (enero de 1948) a su segunda mujer, Grazia Galletti, de que su vocación, su modo de entrega a los pobres, consiste en «actuar y crear»:

Dios me probó en secreto un día proponiéndome la parábola del joven rico al que Jesús pide vender todo para darlo a los pobres. El modo en que esto ocurrió fue muy extraño y algún día seré capaz de comprender que mi espíritu, liberado de las corrupciones terrenas, estuvo listo para obedecer a este mandamiento. Este sacrificio no fue realizado y no lo será porque debo vivir como un hombre y no como un santo, de otro modo fallaría en mi misión que consiste en actuar y crear¹⁹.

Con la editorial en la que pensaba desde 1942²⁰, y que efectivamente crea en 1946, pone a punto el eje fundamental de su proyecto, porque «se necesitaba hacer política de modo diferente a la praxis consolidada de los partidos, así que debía ser una cultura de tipo nuevo la que indicara las formas y las dimensiones del compromiso político»²¹.

¹⁷ Un balance de la actividad política de Adriano Olivetti, elaborado un año después de su muerte, en Aldo Garosci, «Il pensiero politico di Adriano Olivetti»: *Comunità*, XV-87 (febrero de 1961), pp. 1-6.

¹⁸ Los resultados y las limitaciones de esta empresa son analizados en Giulio Sapelli y Roberto Chiarini, *Fini e fine della politica*. Un análisis crítico profundo lo encontramos en Donatella Ranci, *Olivetti, anni '50. Patronalsocialismo, lotte operaie e Movimento Comunità*, Franco Angeli, Milán, 1980. Con motivo del centenario de su nacimiento, dos colaboradores estrechos escribieron dos volúmenes sobre el tema: cf. Franco Ferrarotti, *Un imprenditore di idee. Una testimonianza su Adriano Olivetti*, Edizioni di Comunità, Milán, 2001, y Luciano Gallino, *L'impresa responsabile. Un'intervista su Adriano Olivetti*, ed. de Paolo Ceri, *ibid.*, 2001.

¹⁹ Carta a Grazia Galletti, 16 de enero de 1948, citada por Valerio Ochetto, *Adriano Olivetti*, pp. 111-112.

²⁰ El 23 de julio de 1941 escribe en francés a Hermann Keyserling: «Nuove Edizioni Ivrea han nacido con la intención de ofrecer a la élite italiana una oportunidad de cultura integral desde una perspectiva ecuménica. Se trata de una empresa compleja en la cual colaboramos juntos hombres de cultura y hombres de acción cuyo interés por las cosas materiales está íntimamente ligado a las necesidades espirituales» (carta citada por Renato Zorzi en la *Prefazione al Catalogo generale delle Edizioni di Comunità*, Edizioni di Comunità, Milán, 1982, p. X).

²¹ Giuseppe Berta, *Le idee al potere. Adriano Olivetti tra la fabbrica e la Comunità*, Edizioni di Comunità, Milán, 1980, p. 174.

Habitualmente, cuando se desea conocer a un individuo, se mira su biblioteca, los libros que ha leído, con los que se ha formado. Nosotros conocemos algunos libros de Olivetti, sus autores preferidos, pero con el paso de los años su biblioteca se enriqueció enormemente. En el momento de poner las bases de la editorial, recurre en primer lugar a estos libros para obtener sugerencias e ideas. La biblioteca privada se convierte pronto en una biblioteca pública: vemos aquí un modo verdaderamente actual de dar a los pobres. Los libros que le habían marcado o inspirado en sus decisiones podían llegar a ser —si ya no estaban en circulación, y la mayor parte no lo estaban— libros que se pusieran a disposición de todos. Desde este punto de vista, la lectura de los catálogos históricos de la editorial resulta muy ilustrativa²².

De hecho, a un ritmo muy rápido, el panorama cultural italiano, verdaderamente animado pero en buena parte dominado por la editorial Einaudi de cultura marxista y laicista, gracias al patrimonio literario de Olivetti, se enriquece con libros procedentes del extranjero —América, Francia, Alemania— sin distinción de ámbitos, orientados todos de algún modo a la creación de una nueva «Civilización humana»²³. Bajo la misma cubierta blanca, elegante y sobria, numerosas obras de ciencias humanas, economía, derecho, filosofía y religión testimonian, de modo inequívoco, la unidad y la equivalente importancia de las diversas formas del saber humano, dado que todas están orientadas a la búsqueda de la verdad y de la justicia.

Y aquí aparece Simone Weil. En octubre de 1950, la pequeña revista *Comunità* publica un artículo de Jean Jacquot sobre *La Pesanteur et la grâce* y *L'Enracinement*. En la breve presentación se lee: «Las observaciones de Weil en torno a la creación de una auténtica cultura obrera y campesina, estrechamente ligada al trabajo del taller y de la tierra, son justas y profundas. La misión de nuestra época de constituir una civilización fundada sobre la espiritualidad del trabajo es la única cosa suficientemente grande como para proponerla a los pueblos frente al ídolo totalitario»²⁴.

Quien conozca, por poco que sea, el pensamiento de Simone Weil reconocerá en estas breves líneas la síntesis de su pensamiento: es el reconocimiento del papel fundamental del trabajo, del lugar que debe ocupar en la construcción de una nueva civilización tras la catástrofe de la guerra, así como la concepción de una política capaz de resistir a la idolatría del poder. Una pequeña nota al pie del artículo informa a los lectores de que Edizioni di *Comunità* se dispone a publicar una traducción de *La Pesanteur et la grâce*. El responsable de traducir el artículo es el sociólogo Franco Ferrarotti, amigo y estrecho colaborador de Adriano Olivetti, que en poco tiempo dará a conocer un texto fundamental de Simone Weil, la «Note sur la suppression générale des partis politiques»²⁵, un escrito con el que el fundador del Movimiento *Comunità* no podía dejar de estar en sintonía.

En el esfuerzo de renovar la política italiana, aquejada de un mal que en aquellos años empieza a llamarse «partitocracia», los *Appunti sulla soppressione dei partiti* —este es el título italiano del escrito— serán a menudo citados por Olivetti, no tanto por las soluciones propuestas, sino por la capacidad de definir con fuerza el problema. «Simone Weil», escribe, por ejemplo, en el largo texto programático titulado *Il cammino della comunità*, «católica francesa, muerta a los 33 años con la pretensión de servir a la Resistencia y a la verdad, escribe palabras candentes, para nosotros proféticas, sobre la decadencia y la supresión de los partidos políticos»²⁶. Y a continuación aparece citado un largo pasaje del escrito de la filósofa francesa, un poco apresuradamente definida como «católica» según la vulgata francesa de los años cincuenta. Dos años después, en 1957, en un ensayo dedicado específicamente al tema de los partidos, de nuevo la Nota inspira la reflexión, aunque luego,

²² Cf. el *Catálogo* arriba citado y, más recientemente, la investigación del nieto Beniamino de' Liguori Carino, *Adriano Olivetti e le Edizioni di Comunità (1946-1960)*, Quaderno n.º 57, Fondazione Adriano Olivetti de Roma, 2008.

²³ La primera colección de escritores políticos, dirigida por Umberto Campagnolo y Alessandro Passarin d'Entrèves, se titulaba «Humana Civilitas».

²⁴ «Due libri di Simone Weil»: *Comunità*, IV-9 (septiembre/octubre de 1950), p. 10.

²⁵ «Appunti sulla soppressione dei partiti politici», *ibid.*, 10 (enero/febrero de 1951), pp. 1-5. Franco Ferrarotti, que hizo de intermediario entre Felice Balbo y Adriano Olivetti, participó activamente en la empresa de *Comunità*, poniendo al servicio del movimiento su competencia en ciencias sociales y organizando, en particular, el sindicato comunitario autónomo: cf. *Premesse al sindacalismo autonomo*, Movimento *Comunità*, Ivrea, 1951.

²⁶ El ensayo se encuentra en *Città dell'uomo*, volumen publicado en 1960, que a través de los escritos teóricos, intervenciones políticas y discursos a los obreros resume al «meteorito» olivettiano, cit. p. 22.

como corresponde, Olivetti se siente libre de manifestar alguna perplejidad sobre las soluciones propuestas por Simone Weil, ya que un reformador realista no puede pasar por alto el contexto histórico²⁷.

En un periodo bastante breve —de 1951 a 1956—, todo lo importante, ya disponible en Francia, de la *Condition ouvrière a L'Enracinement* —salvo *Attente de Dieu*, reservada a un editor católico²⁸—, es traducido progresivamente por Franco Fortini, intelectual elegante, ensayista y poeta. El rechazo de la traducción de *Oppression et liberté*, encomendada después al historiador Carlo Falconi²⁹, no retrasa la entrada de la joven filósofa en el círculo intelectual y político italiano. En seguida, los lectores y las lecturas de sus escritos se multiplican porque los temas del trabajo y de la condición obrera están a la orden del día y provocan la discusión entre marxistas y católicos en Italia³⁰.

En poco tiempo, a partir de 1952, Simone Weil se convierte en una autora de referencia, citada con frecuencia y no solo por intelectuales y escritores que se mueven en la esfera de Adriano Olivetti o están interesados en sus experimentos de transformación del trabajo industrial. Sus ideas, de manera sorprendente, dialogan en muchos sectores de la cultura italiana. Da la impresión de que de algún modo se siente la necesidad de estos libros. La verdad es que llegan en un momento particularmente propicio. Mientras Italia, salida de la guerra, está poniendo en marcha un vasto proceso de reconstrucción, los intelectuales advierten sobre la necesidad de indagar los temas del trabajo en una sociedad que quiere renovarse, dirigen una mirada atenta al mundo industrial, sienten que deben hacerse cargo de la explotación obrera, de la alienación que golpea a los trabajadores, discuten propuestas e instrumentos para mejorar la condición obrera, denuncian el taylorismo y la cadena de montaje, critican los ritmos de trabajo y el impacto de la industrialización sobre las sociedades arcaicas o rurales. Implicados en esta realidad, los escritores se encuentran entre las manos un material efervescente y magmático y son instados a inventar nuevas formas de escritura: nace la novela industrial. Entre los ensayistas y escritores que se sienten especialmente implicados en esta problemática, figura *pour cause* Franco Fortini³¹, inquieto y desabrido intelectual, incómodo a la izquierda del marxismo ortodoxo, que tradujo y dio a conocer a Simone Weil, con la que no dejará de confrontarse. Será después el escritor Paolo Volponi el que, junto a Furio Colombo, Geno Pampaloni, Libero Bigiaretti, Giovanni Giudici y Ottiero Ottieri..., formará el núcleo principal de los adeptos al trabajo cultural de Ivrea. Este último en particular, como después veremos, marcha al Sur y va a trabajar a Pozzuoli para observar de cerca una fábrica olivettiana, instalada en un contexto atrasado y devastado por un paro crónico, trayendo consigo las sugerencias y las inquietudes derivadas de la reciente lectura de la *Condizione operaia*. Pero también fuera del círculo olivettiano, escritores e intelectuales como Calvino, Vittorini o Pasolini se implican en el debate y son de algún modo tocados por las ideas de la filósofa francesa.

Con preocupaciones menos literarias y más prácticas, el editor Adriano Olivetti se convierte en lector atento y discreto de Simone Weil: las coincidencias hasta aquí intuidas se van convirtiendo en conexiones, complicidades, que nunca sirven para respaldar o imponer con argumentos de autoridad su proyecto industrial. Ciertamente, él es feliz de encontrar en los escritos de Simone Weil aquello que ni Maritain ni Mounier podían ofrecerle satisfactoriamente: una reflexión profunda sobre el trabajo y la condición obrera.

Son tres los escritos fundamentales de Simone Weil sobre los que vuelve con frecuencia: *Le riflessioni sulle cause della libertà e dell'oppressione sociale*, que constituye el núcleo central de la recopilación de escritos políticos y sociales contenida en *Oppressione e libertà*, en la que se desarrolla la crítica al marxismo, a la idea

²⁷ Cf. «Libertà di associazione e partiti politici», *ibid.*, pp. 127-135. El ataque de Olivetti suena así: «Sobre la decadencia del régimen parlamentario remitimos al lector al capítulo de *Società, Stato. Comunità*, y por brevedad hacemos nuestras las ideas centrales del escrito violento y profético de Simone Weil sobre la supresión de los partidos».

²⁸ *Attesa di Dio* es traducido por Nicoletta D'Avanzo Puoti, Gherardo Casini Editore, Florencia, 1954. Una nueva edición, precisa y llena de valiosas referencias a toda la obra de Simone Weil, editada por Maria Concetta Sala, vio la luz en Adelphi, Milán, en 2008.

²⁹ *Oppressione e libertà*, 1956. A Geno Pampaloni, que lo critica en *L'Espresso* del 31 diciembre de 1956 por haber rechazado traducir este texto, Franco Fortini responde en el mismo semanario con un artículo del 6 de enero. La cuestión tiene sus derivas en *Tempo Presente*, la revista de Nicola Chiaromonte e Ignazio Silone, donde se hacen hipótesis sobre las reservas ideológicas que pueden explicar la negativa a traducir este volumen.

³⁰ Sobre el debate suscitado, en concreto, a propósito de la publicación de *La Condizione operaia*, cf. Adriano Marchetti y Giovanni Bianchi, *Simone Weil e la condizione operaia*, Editori Riuniti, Roma, 1985.

³¹ Cf. en particular *Dieci inverni. 1947-1957. Contributo ad un discorso socialista*, Feltrinelli, Milán, 1957.

de progreso y a la posibilidad histórica de una revolución; *La prima radice*, y, de modo más preciso por razones obvias, *La condizione operaia*³².

En febrero de 1957, durante una reunión en el despacho de Pietro Nenni con vistas a una posible unificación del Movimento Comunità con el Partito Socialista Democratico, y tratando de sostener con realista desencanto las exigencias de una política concreta, gradual, libre de rémoras ideológicas, Olivetti, en la apertura de la sesión, asume «la fórmula del mal menor [que] es la única aplicable, a condición de aplicarla con la más fría lucidez»³³.

L'Enracinement (*La Prima radice*, en italiano), por su carácter fundador, es, sin comparación, el escrito que Olivetti prefiere, y no pierde nunca la ocasión de aludir a él o de citarlo. De esta especie de manifiesto político para la constitución de un Estado nuevo, que lleva el elocuente subtítulo *Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*, redactado por Simone Weil en un estado de exaltación casi febril, él acoge todo el sistema teórico: la propuesta de fundar la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales del ser humano sobre obligaciones más que sobre declaraciones de derechos; la identificación del mal original de Occidente en el desarraigo obrero, campesino y ciudadano, y, finalmente, la elección de la cultura y de la educación como instrumentos capitales en la formación del hombre nuevo.

Estas ideas figuran, desde una especie de singular afinidad entre el empresario y la filósofa, en el ensayo titulado *Urbanistica e libertà locali*. Partiendo de la necesidad de dotar a los municipios de un plan urbanístico a la medida del hombre, en el que el espacio verde y el silencio deben ser pensados en función de las necesidades de los ciudadanos, Olivetti cifra en el *desarraigo* el mal de su y de nuestro tiempo. El desarraigo arranca del campo y de la montaña a un número cada vez más elevado de hombres, obligándolos a masificarse en las anónimas periferias urbanas o en barrios degradados próximos a las fábricas. Una razonable «descentralización industrial, devuelve al hombre a la tierra, restablece una economía mixta, un nuevo equilibrio entre agricultura e industria, único capaz de devolver al hombre la armonía perdida»³⁴. Solo permaneciendo dentro o cerca de los pueblos en que tienen sus raíces, los hombres se conocen y reconocen, hacen comunidad:

Por tanto, es necesario tener el coraje —requiere el urbanista haciendo suyo el diagnóstico de la filósofa francesa— de afirmar que nuestra sociedad está enferma, mentalmente enferma, porque nos encontramos ante una verdadera, una auténtica, enfermedad del alma provocada por el desarraigo, por el *desarraigo* voluntario. Cuando un hombre deja su tierra bajo el impulso de la miseria, el pueblo que lo vio nacer [...], se produce en la psique del exiliado un trauma cuyas consecuencias trágicas [...] son ya un síntoma demasiado patente³⁵.

³² Vale la pena citar dos artículos que analizaban en concreto este tema: Severina Addotta, «Simone Weil e Adriano Olivetti»: *Queste istituzioni*, XXI-93, pp. 110-129, y Sergio Ristuccia, «Democrazia e diritto. Sull'attualità dell'esperienza politica e culturale di Adriano Olivetti e del Movimento Comunità»: *ibid.*, pp. 21-47.

³³ Así resulta del acta de la reunión celebrada en Roma el 27 de febrero de 1957, citada en Valerio Ochetto, *Adriano Olivetti*, p. 264. La fórmula y su exacta interpretación se encuentran en la conclusión de un escrito de 1937, «Meditazione sull'obbedienza e la libertà», recogido en *Oppressione e libertà*, traducido el año anterior. («Meditación sobre la obediencia y la libertad», *Opresión y Libertad*, trad. de M.^a Eugenia Valentié, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1957, pp. 166-172.)

³⁴ «Urbanistica e libertà locali», *Città dell'uomo*, p. 59. Simone Weil analiza este fenómeno en muchas páginas de *Echar raíces* y, sin ánimo de exhaustividad, sugiere algunas soluciones que de algún modo se esfuerza en delinear: «Es por tanto urgente examinar un plan de re-arraigo obrero, del que aquí hay, resumido, un posible esbozo. Se abolirían las grandes fábricas. Una gran empresa estaría constituida por un taller de montaje conectado a un gran número de pequeños talleres, de uno o varios obreros cada uno, dispersos por el campo [...]. Junto a cada taller central de montaje habría una universidad obrera» (*Echar raíces*, trad. de J.-R. Capella y J. C. González Pont, presentación de J.-R. Capella, Trotta, Madrid, 2014, pp. 71-72). Después pasa a hablar de las máquinas, de las viviendas, de la cultura, de los fines que la industria se debería proponer, y añade que este sistema «no tendría por orientación, según la fórmula que tiende hoy a convertirse en moda, el interés del consumidor —que no puede ser más que groseramente material—, sino la dignidad del hombre en el trabajo, que es un valor espiritual» (*ibid.*, p. 74). Y concluye: «Una civilización basada en la espiritualidad del trabajo sería el grado más elevado de arraigo del hombre en el universo, y, consiguientemente, lo opuesto al estado en que nos encontramos, consistente en un desarraigo casi total. Esa es por naturaleza la aspiración que corresponde a nuestro sufrimiento» (*ibid.*, p. 88).

³⁵ «Urbanistica e libertà locali», p. 60.

El desarraigo, evidente entre campesinos y obreros, contagia a todos los ciudadanos en la forma de «fanatismo totalitario [que] es el producto neurótico de una alienación, de un desarraigo»³⁶. Tras haber acogido el diagnóstico, el empresario hace suya la terapia, citando una página entera de *L'Enracinement*:

El alimento que una colectividad suministra al alma de sus miembros no tiene equivalente en todo el universo. Además, por su duración, la colectividad penetra en el futuro. Es alimento no sólo para las almas de los vivos, sino también para las de los aún no nacidos que vendrán al mundo en los próximos siglos. Por último, por su duración misma, la colectividad hunde sus raíces en el pasado. Constituye el único órgano de conservación de los tesoros espirituales juntados por los muertos, el único órgano de transmisión mediante el cual los muertos pueden hablar a los vivos. Y la única cosa terrena que tiene una relación directa con el destino eterno del hombre es la irradiación —transmitida de generación en generación— de aquellos que tuvieron plena conciencia de tal destino³⁷.

Las referencias a *La condición obrera* son, en cambio, escasas en los escritos públicos y en los discursos a los obreros de Adriano Olivetti. Sin embargo, sería un error pensar que ignoraba este escrito fundamental de Simone Weil, el cual contiene su *Diario de fábrica* y numerosas cartas a sindicalistas y a dirigentes de empresa (Auguste Detœuf, Victor Bernard, la carta al ingeniero Pierre Lafitte...). A buen seguro lo asimiló de tal forma que no tiene necesidad de citarlo explícitamente: es el tejido con el que confecciona todo el discurso. Está en lo cierto, por tanto, Giuseppe Berta cuando escribe que «la publicación de *La Condizione operaia* en la nítida traducción de Fortini, más allá de un gesto exigido en razón de la clarificación ideológica, fue la exposición de un programa que sería incorporado a la política empresarial olivettiana y a la praxis sindical comunitaria»³⁸.

La cuestión de llenar de sentido el trabajo obrero es el corazón del escrito «Condición primera de un trabajo no servil», el texto extraordinario pero irregular que sella *La condición obrera*. Olivetti, que se interroga incesantemente sobre este tema recurrente, lo conoce, lo medita por su cuenta y lo propone con cautela a los trabajadores: hablarles de belleza y de poesía, y no solo de incentivos, corre el riesgo de sonar instrumental. Aun así, toda su obra, y no solo en Ivrea o en el Canavese, tiende a crear ambientes donde el obrero pueda encontrar la belleza, junto a la satisfacción de sus necesidades y de sus aspiraciones. En *La fabbrica e la comunità* la convergencia con el pensamiento de Simone Weil es más que evidente:

¿Qué es una fábrica comunitaria? —se pregunta—. Es un lugar de trabajo donde habita la justicia, donde domina el progreso, donde se pone al descubierto la belleza, en cuyo entorno el amor, la caridad, la tolerancia, son nombres y voces no carentes de sentido [...]

La alegría en el trabajo, hoy negada al mayor número de trabajadores de la industria moderna, podrá finalmente surgir de nuevo cuando el trabajador comprenda que su esfuerzo, su cansancio, su sacrificio —que siempre será sacrificio— está material y espiritualmente ligado a una entidad noble y humana que él está en condiciones de percibir, medir, controlar, ya que su trabajo servirá para hacer vivir a esta Comunidad viva, real, tangible, allá donde él y sus hijos tienen vida, vínculos, intereses³⁹.

En «Experiencia de la vida de fábrica» Simone Weil había escrito: «La fábrica debería ser un lugar de alegría, un lugar donde, aun siendo inevitable que el cuerpo y el alma sufran, el alma pudiera sin embargo saborear también las alegrías, alimentarse de alegrías»⁴⁰.

Pero, ¿basta con crear fábricas bellas para mejorar la condición obrera? ¿Puede llegar a ser el trabajo un fin para el hombre? ¿Puede el trabajo tener fines? Olivetti se plantea estas preguntas en el curso de su existencia: cuando tiene una nueva empresa industrial, cuando abre una nueva fábrica, cuando habla a los obreros.

³⁶ *Ibid.*, p. 60.

³⁷ La cita de *La prima radice*, que es bastante más larga en Olivetti, está en la p. 17. (*Echar raíces*, p. 27).

³⁸ *Le idee al potere*, p. 196.

³⁹ *La fabbrica e la comunità*, pp. 13-14 y 18-19.

⁴⁰ *La condición obrera*, introd. y notas de Robert Chenavier, trad. de Teresa Escartín y José Luis Escartín, Trotta, Madrid, 2014, p. 251 (*La condizione operaia*, p. 268).

El 23 de abril de 1955, en Pozzuoli, «frente al golfo más singular del mundo, en la fábrica [que] se eleva, según la idea del arquitecto, respetando la belleza del lugar y para que la belleza sirviera de consuelo en el trabajo de cada día»⁴¹, él formula con claridad las preguntas que están en el núcleo del problema industrial:

¿Puede la industria plantearse fines? ¿Se encuentran estos simplemente en el índice de beneficios? ¿No hay, más allá del ritmo aparente, algo más fascinante, un destino, una vocación en la vida de una fábrica? Podemos responder: hay una finalidad en nuestra acción cotidiana, en Ivrea como en Pozzuoli. Y sin la plena conciencia de este objetivo, es vano esperar el éxito de la obra que hemos emprendido.

[...] Nuestra Sociedad cree en los valores espirituales, en los valores de la ciencia, cree en los valores del arte, cree en los valores de la cultura, cree, en definitiva, que los ideales de justicia no pueden ser extraños a las disputas todavía inevitables entre capital y trabajo. Cree sobre todo en el hombre, en su llama divina, en sus posibilidades de elevación y de redención⁴².

Este discurso programático de Olivetti es el trasfondo de la novela de Ottiero Ottieri, *Donnarumma all'assalto*: resuena en los oídos del protagonista, encargado de la selección del personal, durante los momentos críticos, aquellos en que la utopía de la fábrica humana choca con la dura realidad del Sur⁴³.

Hijo único de una acomodada familia fascista, Ottiero Ottieri se traslada de Roma a Milán a inicios de los años cincuenta, deseoso de vivir una experiencia en el mundo de la industria. El encuentro con Olivetti le abre el camino: se convierte para él en un *segundo padre*, que en seguida querría implicarlo en el trabajo cultural, pero primero lo escucha, lo comprende, y no lo anima explícitamente a sumergirse en la realidad obrera o en el mundo industrial⁴⁴. Un ataque de meningitis le obliga a posponer su proyecto. Mientras tanto, descubre a Simone Weil, lee *La condizione operaia*⁴⁵ y, esperando poder repetir la experiencia, llega a Pozzuoli, a la fábrica ideada por el arquitecto Luigi Cosenza, recientemente inaugurada, que produce calculadoras y máquinas de escribir. La novela se abre con la imagen luminosa «de una de las fábricas más bellas de Europa, colorida, rodeada de un jardín [donde] nace un mundo unitario, caído de lo alto pero para hundirse en la tierra y en el espíritu de este lugar»⁴⁶. Se despliega después como un diario, lúcido y atormentado, que registra las etapas del «enfrentamiento entre la razón neocapitalista y la irracionalidad famélica de la miseria, de la que ni siquiera da cuenta la utopía industrial de Olivetti»⁴⁷.

Simplificando al máximo, podemos leer en esta novela el relato de una doble ruptura. La primera ocurre en el momento en que irrumpe en escena Donnarumma, el nuevo Calibán que, con su terquedad al no querer aceptar las reglas del juego, arruina la pretensión de Olivetti, el nuevo Próspero, de introducir racionalidad en un mundo enajenado por la atávica falta de trabajo. La segunda ruptura, subyacente a los hechos narrados, se produce en el momento en que el protagonista, y a través de él el propio Ottieri, cuestiona su identificación

⁴¹ «Ai laboratori di Pozzuoli», en Adriano Olivetti, *Il mondo che nasce*, Edizioni di Comunità, Roma/Ivrea, 2013, p. 102.

⁴² *Ibid.*, pp. 100-101, *passim*.

⁴³ El meridionalismo de Olivetti, que conocen y aprecian Carlo Levi, Rocco Scotellaro y Danilo Dolci... sostiene «una planificación regional respetuosa de los valores autóctonos» y abierta, en una perspectiva federalista, a la dimensión europea (Valerio Occhetto, *Adriano Olivetti*, Marsilio, Venecia, 2009, p. 191). Iniciativas y experiencias comunitarias fueron emprendidas en varias realidades del Sur (el Lacio, Lucania, Basilicata...) a través de núcleos del Movimiento *Comunità*. Todas estas iniciativas, sin embargo, debieron lidiar con el obstruccionismo burocrático de los aparatos estatales.

⁴⁴ En una correspondencia inédita, del 15 de marzo de 1953, Ottieri escribe: «Estimados ingenieros — es mi profundo deseo hacer una estancia, aunque sea breve, pero en directo contacto con la vida y la tecnología del auténtico taller. He leído ávidamente el libro de Weil, en el que he encontrado la solución a tantos de mis viejísimos enigmas y secretos».

⁴⁵ En *Linea gotica. Taccuino 1948-1958*, que constituye el trasfondo de *Donnarumma all'assalto*, aunque será publicado más tarde, el nombre de Simone Weil aparece a menudo en 1952: «Milán 15 marzo 1953. Leo *La condizione operaia* de Weil. La Weil, sí, es masoquista; pero es honesta», en Ottiero Ottieri, *Opere scelte*, Mondadori, Milán, 2009, p. 301. La comparación continúa, intensamente, en las páginas siguientes: pp. 305, 306, 314, 316... «He leído ávidamente el libro de Weil en el que he encontrado la solución a tantos de mis viejísimos enigmas y secretos. Como es natural esta experiencia es irrepetible, la última, en realidad, que sea hora de imitar. Me interesa, para mí, algo bastante menos dramático, bastante más modesto, y quizá más objetivo» (Anna Antonello y Claudia Bonsi, «Dai Diari di Ottiero Ottieri»: *Autografo*, 49 [2013], pp. 117-134).

⁴⁶ *Donnarumma all'assalto*, Garzanti, Milán, 2009, p. 7.

⁴⁷ Elisabetta Mondello, «*Donnarumma all'assalto* di Ottiero Ottieri», en *Letteratura italiana. Il secondo novecento*, Einaudi, Turín, 2007, p. 640.

con Simone Weil, la «dramática escritora obrera». Rechaza seguirla por considerar ilusorio su intento de llenar de sentido el sufrimiento obrero aunando la progresiva liberación colectiva con la salvación individual⁴⁸.

El alejamiento de Ottieri respecto a Simone Weil configura, indirectamente, un rechazo de la perspectiva olivettiana sobre un trabajo industrial que combata la alienación con la innovación técnica y la formación espiritual. La misma depresión que en los años sucesivos, de modo irregular, devasta su vida, se convierte para él en metáfora de una sociedad ineluctablemente abocada al absurdo, a la insensatez. El estado de perenne malestar existencial, la invencible soledad que marcará el resto de su vida, mantendrá al escritor cada vez más alejado de la visión armónica, del equilibrio en el individuo y de la concordia en las relaciones sociales, que están en el corazón de la utopía platónica, estimada tanto por Simone Weil como por Adriano Olivetti, a pesar de la conciencia de su extrema dificultad de realización: «Los motivos y los modos que hacen sabia la Ciudad, [y, dentro de ella, la fábrica, en su caso] hacen al mismo tiempo sabio al ciudadano individual»⁴⁹.

La construcción de una *civilización humana* centrada en el trabajo, en la espiritualidad del trabajo, esbozada por Simone Weil en las últimas páginas de *Echar raíces* y presente en el ánimo de Adriano Olivetti, no es una solución intimista ni una vía de escape, si bien necesita una verdadera *propuesta política*. Lo capta perfectamente Giulio Sapelli, estudioso de historia económica, conocedor de la vida y de la obra de Adriano Olivetti, que ve en «Simone Weil una de las construcciones de sentido privilegiadas para comprender la espiritualidad olivettiana, pues su obra es releída constantemente por Adriano tratando de interpretar el secreto más profundo del alma. El secreto de la búsqueda de una dimensión de lo sagrado en el núcleo mismo de los agentes de la secularización y de la modernización: la industria y sus prerequisites tecnológicos, culturales y sociales»⁵⁰.

Desde luego, no es coincidencia que en una carta del 26 de mayo de 1942, dirigida desde Casablanca al padre Perrin, Simone Weil estuviese trazando para la sociedad contemporánea un modelo completamente nuevo de santidad: «Hoy, ni siquiera ser un santo significa nada; es precisa la santidad que el momento presente exige, una santidad nueva, también sin precedentes. [...] Un nuevo tipo de santidad es un afloramiento, una creación. [...] Es como dejar al descubierto una amplia porción de verdad y de belleza ocultas hasta ese momento por una densa capa de polvo. Hace falta más genio del que necesitó Arquímedes para inventar la mecánica y la física»⁵¹.

Hablar de santidad, a propósito de Adriano Olivetti, podría parecer una provocación: ¿no se corre el riesgo de hacer todavía más inactual su aventura? Sin embargo, es precisamente Simone Weil la que, con doliente desencanto, en una carta enviada a su madre en los últimos meses de vida, confiesa que «habría que escribir cosas eternas para estar seguros de que serán de actualidad»⁵².

⁴⁸ Giuseppe Lupo ha escrito: «Ottieri sabía bien que la solución auspiciada por Weil sería un proyecto irrealizable, constataba el horror del ritmo y la monotonía de los gestos, calculaba los tiempos mecánicos, de los que los personajes procedentes de sus libros no se salvan si no es regresando a una especie de sueño inconsciente, donde todo ocurre sin preguntarse demasiado el porqué, o madurando la idea de una huida hacia un improbable retorno al estado de naturaleza. Lo cual certifica el fracaso de la condición moderna, la derrota de una época y de sus lenguajes» («E lo scrittore scoprì l'operaio», *Avvenire*, 2 de enero de 2014).

⁴⁹ *República*, IV 441 d.

⁵⁰ «Santità di Adriano Olivetti», en Giulio Sapelli, *Merci e persone. L'agire morale nell'economia*, Rubettino, Soveria Mannelli (Catanzaro), 2002, p. 13.

⁵¹ S. Weil, *A la espera de Dios*, prólogo de Carlos Ortega, trad. de María Tabuyo y Agustín López, Trotta, Madrid, 1993, p. 61. (*Attesa di Dio, Lettera sesta. La fede implicita*, Adelphi, Milán, 2008, p. 58.)

⁵² Carta a Selma y Bernard Weil, en S. Weil, *Escritos de Londres y últimas cartas*, prólogo y trad. de Maite Larrauri, Trotta, Madrid, 2000, pp. 178-179. (*Correspondance familiale*, OCVIII/1, Gallimard, París, 2012, p. 267.) En el «léxico familiar», usado para aludir a las *realidades espirituales*, sugiere después: «Respecto de Krishna, por ejemplo...».